

ESTUDIO SEGUNDO.

PRIMERA PARTE.

DESDE CONSTANTINO HASTA VALENTINIANO Y VALENTE.

AL principiar * el segundo estudio entramos en la unidad del asunto; y no me veo ya obligado á separar los tres hechos de las naciones paganas, cristianas y bárbaras: estas últimas, ó establecidas en el mundo romano, ó preparando en el exterior la invasion decisiva, se habian inclinado ya en la época á que me refiero á las costumbres y á la nueva religion del imperio.

Por otra parte, el Cristianismo se ha vestido la púrpura, y su causa no es ya la de una secta escluida de las masas populares; su historia es la historia del Estado. Aunque la mayoría de las poblaciones sometidas á la dominacion de Roma siguió y se mantuvo aun mucho tiempo en el paganismo, el poder y la ley se hicieron cristianos.

Descúbranse nuevos intereses, y personajes de una especie desconocida hasta entonces. Desde el reinado de Neron hasta el de Constantino, las disensiones religiosas no habian tenido entre los fieles sino el carácter de disputas domésticas despreciadas ó contenidas por la autoridad; mas luego que el hijo de Santa Helena hubo levantado el estandarte de la cruz, los cismas se trocaron en querellas públicas; y cuando espiraron las persecuciones del paganismo, tuvieron principio las de las herejías. Apenas habia empuñado Constantino las riendas del gobierno cuando Arrio sembró la division en la Iglesia.

Con Arrio se presentaron en el palenque aquellos excelentes obispos educados en las escuelas de Antioquia, de Alejandria y de Atenas: los Alejandro, los Atanasios, los Gregorios, los Basilio y Crisóstomos, los cuales, renovando la filosofía, la elocuencia y la literatura, libertaron el entendimiento humano de las antiguas trabas, y le sacaron del camino de la rutina, por el que tanto tiempo habia marchado bajo el dominio de los antiguos talentos, y de una religion caida. Los padres de la Iglesia latina, San Paulino, San Hilario, San Gerónimo, San Ambrosio y San Agustín, produjeron en Occidente la misma transformacion.

Los discursos y acciones de estos sacerdotes llamaban la principal atencion del gobierno, y no alcanzaron ya los generales y los ministros, mas que un interés y una nombrada de segundo orden. Los concilios reemplazaron á los consejos, ó por mejor decir, fueron los verdaderos consejos del soberano que se apasionó de las verdades ó de los errores que muchas veces no comprendia. El mundo pagano procuraba luchar con sus rancias fábulas, y los sistemas desacreditados de sus sabios contra un siglo que le arrastraba en pos de sí.

El Cristianismo habia tenido que sufrir las persecuciones del paganismo; y trocados ahora los papeles el Cristianismo proscribia á su vez al paganismo. Pero estudiemos la diferencia de los principios y de los hombres.

Los paganos no defendieron obstinadamente su culto ni corrieron al martirio como los cristianos; ¿Por qué? Porque el politeísmo era á la vez la idea falsa y la idea decrepita que sucumbia bajo la idea verdadera y rejuvenecida de la unidad de Dios. La antigua sociedad no encontró pues para defenderse la energia con que contó la nueva sociedad para atacar.

Hasta entonces los movimientos del mundo civili-

* CONSTANTINO, EMP. MARCELO, EUSEBIO, MELOQUIDES, SILVESTRE, MARCO, JULIO I, PAPAS, de 307, — 357.

zados habian sido producidos por las impulsiones de un culto corporal, las reclamaciones de la libertad y las usurpaciones del poder: finalmente por las pasiones políticas ó guerreras: un nuevo orden de hechos se desarrolla, y ármense únicamente los hombres en defensa de las verdades ó de los errores del entendimiento. Esas sutilezas metafísicas, que son y serán siempre oscuras y que tanta sangre costaron, no por eso dejan de suministrar la prueba del progreso inmenso de la especie humana. Cuanto mas se aleja el hombre del hombre material para concentrarse en el hombre inteligente, tanto mas se aproxima al objeto de su existencia; y sino perdiere algunas veces el valor físico y la virtud moral al desarrollar su naturaleza divina, llegaría con menos lentitud á la perfeccion á que es llamado.

Con Constantino se formó la Iglesia propiamente dicha. Entonces nació esa monarquía religiosa que, tendiendo á concertarse bajo un solo jefe, tuvo sus leyes particulares y generales, sus concilios ecuménicos y provinciales, su gerarquía, sus dignidades, sus dos grandes divisiones del clero regular y secular, sus propiedades regidas en virtud de un derecho distinto del derecho comun; mientras los obispos que honrados por los príncipes, amados de los pueblos, y elevados á los mas altos empleos políticos, reemplazaban igualmente á los magistrados inferiores en las funciones municipales y administrativas, intervenian por medio de los sacramentos en los principales actos de la vida civil, y se convertian en legisladores y guías de las naciones.

Notemos dos cosas poco observadas, que nos explicarán la manera con que el Cristianismo logró dominar á la sociedad entera, pueblos y reyes.

La Iglesia se constituyó en monarquía (electiva y representativa), y la comunidad cristiana en república: todo era obediencia y distincion de clases en la una, aunque el jefe supremo se eligiese siempre entre los individuos del pueblo; todo era libertad é igualdad en la otra. Originábase de aquí la doble influencia del clero que por una parte convenia á los grandes por sus doctrinas de poder y de subordinacion, y por otra satisfacía al vulgo por sus principios de independencia y nivelamiento evangélico: de aquí dimanaba tambien su lenguaje contradictorio sin dejar de ser sincero; el sacerdote era cerca de los soberanos el tribuno de la república cristiana, les recordaba los derechos iguales de los hijos de Adán, y la preferencia que el Redentor de todos concedía á los pobres y á los desventurados sobre los ricos y los felices; este mismo sacerdote era para con el pueblo el mandatario de la monarquía de la Iglesia, predicando la sumision y mandando dar el César lo que es del César. Jamás se altera la sociedad religiosa sin que cambie la sociedad política: ya he dicho como la eleccion de los emperadores pasó de los campamentos al palacio. Las revoluciones se concentraron en el hogar imperial: rara vez las insurrecciones y la ambicion militar encendieron ya las guerras civiles, sino que nacieron estas de las disensiones de la familia reinante, como acontece en los imperios despóticos de Oriente.

En el reinado de Constantino apareció con el establecimiento de la Iglesia esa especie de aristocracia, al modo moderno, que no reemplazó jamás en el imperio al patriciado á que Roma debió su primera libertad. Constantino multiplicó, si es que no los inventó, los títulos de nobilísimo, clarísimo, de ilustre, de duque, de conde, (en el sentido honorífico de las dos últimas palabras). Estos títulos con los de baron y marqués, de origen puramente bárbaro, han pasado á la nobleza de nuestros tiempos. Así en la época de que hablamos, se preparó una transfusion de elementos; y al primer altar de Constantinopla, altar que fue cristiano, unióse uno de los primeros eslabones de la cadena de la nueva sociedad. Si las creaciones políti-

cas de Constantino no fueron efecto inmediato del Cristianismo, fueron al menos su efecto intermedio. Todo tiende á nivelarse en la ciudad: no es posible progresar sobre un punto dejando atrás los otros, porque las ideas de la sociedad han de ser analógicas, ó la sociedad ha de disolverse.

Las instituciones de la antigua patria morian, pues, con el viejo culto. El paganismo desde la desaparicion de la edad religiosa y de la edad heróica, rara vez se habia mezclado en la política: santificaba ciertos actos de la vida del ciudadano; protegía los sepulcros, precedía á la denunciacion del juramento, consultaba al cielo por lo que toca al éxito de una empresa, honraba al emperador mientras vivía, le ofrecía libaciones, le inmolaba víctimas, coronaba sus estatuas, y despues de muerto le admitía en el rango de los dioses: á esto se limitaba poco mas ó menos la accion del paganismo. Los adivinos, astrólogos y mágicos, que habian venido de Oriente, añadieron algunas bellaquerías á las mentiras de los oráculos regulares.

Mas con el ministro cristiano se introdujo aquella especie de poder nacional que los bracones de la India, los magos de Persia, los druidas de las Galias, los sacerdotes caldeos, judíos, egipcios, que servian todos á una religion mas ó menos alegórica y mística, habian ejercido en otro tiempo. El santuario produjo una reaccion en las ideas del poder en razon de la mayor ó menor inmortalidad del dios y de su mayor aproximacion á la verdad religiosa. La idolatría habia servido mal y no hubiera producido nunca la especie de aristocracia que patrocinó Constantino; así es que cuando Juliano intentó volver al politeísmo desdeñó los títulos y el nuevo régimen de la corte. Despues del reinado de este príncipe, solo se descubre la aristocracia recientemente inventada, que logró sostenerse porque se estableció el órden eclesiástico de que emanaba: los restos de la antigua aristocracia desaparecieron, porque los recuerdos no sobrepujan á las costumbres, y vamos á dar la prueba de esto.

Constantino habia formado en su segunda Roma un patriciado á imitacion del cuerpo famoso que inmortalizaron tantos grandes ciudadanos. Aquella nobleza resucitada adquirió tan poca consideracion, que casi causaba rubor formar parte de ella; en vano se propusieron sostener con pensiones (1) su pobreza, y disfrazar su aparicion del día anterior con el lenguaje trajes, usanzas y costumbres del tiempo pasado: los privilegios no son antecesores, ni es posible al hombre disminuir ni aumentar los días que cuenta. Los senadores de Constantino quedaron sepultados bajo el nombre antiguo y brillante de *Patres conscripti* con que se ultrajaba su reciente oscuridad.

Abrazando el Cristianismo, fundando la Iglesia, fijando los Bárbaros en el imperio y estableciendo una titulada gerarquía, Constantino engendró verdaderamente la edad media (2), cuyo nacimiento han fijado, como dejo insinuado, cinco siglos demasiado tarde.

Este príncipe no subió al Capitolio despues de su victoria sobre Majencio, y pareció repudiar juntamente con los dioses la gloria de la ciudad eterna. Publicó un edicto favorable á los cristianos, y mas tarde un segundo decreto para los confesores y mártires: concedió inmunidades y rentas á las iglesias, y privilegios á los sacerdotes: no hizo á los papas la donacion inventada en el siglo viii por Isidoro; pero les cedió el palacio de Latran, palacio de la emperatriz Fausta, y en él construyó el edificio conocido con el nombre de Basílica de Constantino (3).

Prohibióse el suplicio de la cruz (4), y se hizo consuetudinaria la vacacion del domingo (5), y quizás tambien la santificacion del sábado ó del viernes (6). Condenó la idolatría, dejando empero á los idolátras la libertad del culto; á pesar de esto varios templos fueron despojados y otros demolidos (7). Helena der-

rocó en Jerusalem el simulacro de Venus, descubrió el Santo Sepulcro y la verdadera Cruz, edificó la iglesia de la Resurreccion, la de la Ascension en el monte de los Olivos, y la del pesebre en Belen. Eutropía, madre de la emperatriz Fausta sustituyó con un oratorio cristiano, el altar profano que habia en la encina de Mambré. Constantina, Mayuma, escala ó puerto de Gaza, y otras ciudades y pueblos, abrazaron la religion de Cristo (8). ¿No parece que entramos en el mundo moderno, al reconocer los sitios y los nombres con que se hallan familiarizados nuestros ojos y nuestra memoria?

Las leyes de Constantino restituyeron la libertad á los que yacian contra su derecho en la esclavitud (9), permitiendo la manumision en la iglesia ante el pueblo con el solo testimonio de un obispo (10): los clérigos mismos tenian el poder de dar libertad á sus esclavos por testamento, ó por concesion verbal, lo cual hubiera bastado á no ser por los desórdenes de los tiempos, para manumitir de un golpe una parte considerable de la especie humana. Otras leyes prohiben las concubinas á los casados (11), ordenan la salubridad de las cárceles, prohiben los calabozos (12), exceptúan de la confiscacion de los bienes la parte dada á las mujeres y á los hijos antes del delito de los maridos y de los padres, y proscriben los actos infames y los combates de gladiadores (13). Estos diferentes reglamentos no surtieron un efecto inmediato y completo, pero marcan los primeros instantes del establecimiento legal del Cristianismo por la condenacion de la idolatría, de la esclavitud, de la prostitucion y del asesinato.

Constantino hubo tambien de ocuparse de las herejías: anatematizó en Arlés la de los donatistas nacida en Occidente: en Oriente la de Arrio y exigió la convocacion del primer concilio ecuménico. Las cuestiones teológicas interesan poco en el día (14); pero el concilio de Nicea es un acontecimiento importante en la historia de la especie humana. Túvose entonces la primera idea, y se vió el primer ejemplo, de una sociedad que existia en distintos climas, entre las leyes locales y privadas, y no obstante independientemente de los príncipes y de las sociedades bajo las cuales y en las cuales residia: pueblo que formaba parte de los demás pueblos, y que sin embargo vivia aislado en medio de ellos, enviaba diputados de todos los extremos del universo á tratar de los negocios que concernian tan solo á su vida moral y á sus relaciones con Dios. ¿Cuántos derechos tácitamente reconocidos por este quebrantamiento de los sellos del poder sobre la voluntad y sobre el pensamiento!

Por vez primera, tambien desde el tiempo de Moisés, emancipador del hombre en medio de las naciones esclavas de la ignorancia y de la fuerza, se renovó la manifestacion divina del Sinai: como en torno del campamento de los Hebreos, veíanse de pié los ídolos al rededor del concilio de Nicea, cuando los intérpretes de la Nueva Ley proclamaron la verdad suprema del mundo: la existencia y la unidad de Dios. Desvaneciéronse las fábulas de los sacerdotes que habian ocultado el principio vivo, y los misterios con que los filósofos lo habian envuelto: la Cruz de Cristo desgarró el velo del santuario, y el hombre vió á Dios cara á cara. Entonces se compuso ese símbolo que los cristianos repiten hace ya quince siglos en toda la superficie del globo; símbolo que explicaba aquel de que los apóstoles y sus discípulos se servian como de santo y seña para reconocerse. Comparándolos, se observan los progresos del tiempo y la introduccion de la elevada metafísica religiosa en la sencillez de la fe.

« Creemos en un solo Dios, padre todo poderoso, criador de todas las cosas visibles é invisibles, y en un solo Señor Jesucristo, Hijo único de Dios, engendrado por el padre; es decir, de la sustancia del padre

Dios de Dios, luz de luz, verdadero Dios del verdadero Dios, engendrado, y no hecho consustancial al Padre, que ha creado todas las cosas en el cielo y en la tierra.... Creemos en el Espíritu Santo.» (13).

El concilio de Nicea creó estas inmensas mudanzas: proclamó la unidad de Dios, y fijó las ideas probables de la doctrina de Platon. Constantino en una arenga á los Padres del concilio, declaró y aprobó los principios admitidos por aquel filósofo: un primer Dios, supremo origen de un segundo: dos esencias iguales en perfecciones; mas la una debe su existencia á la otra, y la segunda ejecuta los órdenes de la primera. Las dos esencias son una sola: la una es la razon de la otra; y siendo esta razon Dios, es tambien Hijo de Dios (16).

¿Y quiénes eran los miembros de esta convencion universal reunida para reconocer al monarca eterno y á su eterna ciudad? Héros del martirio, ingenios doctos ú hombres todavía mas sabios por la ignorancia del corazon y la sencillez de la virtud. Espiridion, obispo de Trimitonta, guardaba ganado y poseía el don de los milagros (17): Jacobo, obispo de Ninibe, vivía en las altas montañas, pasaba el invierno en una caverna, se alimentaba con frutas silvestres, vestía una túnica de piel de cabra, y predecía lo venidero (18). Entre los trescientos diez y ocho obispos acompañados de sacerdotes, diáconos y acólitos, se veían veteranos mutilados en la última persecucion: Pafnucio de la alta Tebaida, discípulo de San Antonio, tenía el ojo derecho rebentado, y cortado el jarrete de la pierna izquierda (19): Pablo de Neocesárea las dos manos quemadas (20): Leoncio de Cosárea, Tomás de Cizica, Marino de Troade y Eutero de Esmirna, procuraban ocultar sus heridas sin reclamar la parte de gloria que les correspondía por haberlas recibido. Todos estos soldados de un mismo é inmenso ejército, nunca se habían visto; y habían peleado sin conocerse, en la accion general, bajo todos los puntos del cielo, y por la misma fe.

Entre los herejes se distinguían Eusebio de Nicomedia, Teognis de Nicea, Maris de Calcedonia, y el mismo Arrio llamado á dar cuenta de su doctrina ante Atanasio, que entonces no era sino un simple diácono agregado á Alejandro, obispo de Alejandria.

Varios filósofos paganos acudieron presurosos á este grande asalto de la inteligencia. Acabamos de ver que el mismo Constantino, en su arenga, manifestó sus ideas sobre la doctrina de Platon. Un anciano lego, ignorante y confesor, atacó á uno de aquellos filósofos, fastuosos y le explicó todo el Cristianismo en breves palabras: «Filósofo, en nombre de Jesucristo, escucha: solo hay un Dios que todo lo ha criado por medio de su Verbo, y fortalecido con su espíritu. Ese Verbo es el Hijo de Dios que se ha compadecido de nuestra vida material, y ha querido nacer de una mujer, visitar á los hombres, y morir por ellos. Vendrá á juzgarnos segun nuestras obras.» (21)

Constantino abrió en persona el concilio el 19 de junio el año 325. Vestía un manto de púrpura adornado con piedras preciosas, y se presentó sin guardias, acompañado tan solo de algunos cristianos: no se sentó en un trono pequeño de oro que había en el extremo de la sala, sino despues de haber ordenado á los Padres que se habían levantado al verle entrar, que ocuparan sus sillas. Pronunció una arenga en latin, su lengua natural y del imperio, que fue explicada en griego. El concilio condenó la doctrina de Arrio á pesar de una viva oposicion; promulgó veinte cánones de disciplina, y terminó sus sesiones el 25 de agosto del próximo año (325).

Trasladémonos en alas de la imaginacion al antiguo mundo para formarnos una idea de las sensaciones que experimentaría cuando entre el extruendo de los himnos obscenos, pueriles ó absurdos á Venus, Baco, Mercurio y Cibeles, escuchó voces graves que

cantaban al pié de un altar nuevo: «¡Oh Dios, te alabamos! ¡Oh Señor, confesamos tu existencia! ¡Oh Padre Eterno, toda la tierra te venera!» Las preces latinas, compuestas por los soldados, no eran menos explícitas que el himno de San Ambrosio y de San Agustín (22).

El espíritu humano se desprendió de las mantillas en que estaba envuelto; y la elevada civilizacion, la civilizacion intelectual que salió del concilio de Nicea, no decayó ya, ni brilló con menor esplendor. El simple catecismo de nuestros niños encierra una filosofía mas sabia y mas sublime que la de Platon. La unidad de Dios es ya en el día una creencia popular; y de esta sola verdad reconocida, data una revolucion radical en la legislacion europea, largo tiempo violada por el politeísmo que establecía una mentira por fundamento del edificio social.

¡Sin embargo tanta es la dificultad de contenerse en las regiones de la pura inteligencia! Mientras el politeísmo y la religion corporal tendían á salir de las naciones, entraban de nuevo en ellas por una doble senda: los filósofos, para hacerse accesibles al vulgo inventaban los *genios*, y los cristianos, para evolver en signos sensibles el alto espiritualismo honraban los santos y las reliquias.

Se ha conservado el catálogo de los preladados que llevaron los decretos del concilio á las diferentes iglesias (23). Los Germanos y los Godos profesaban la fe; Frumencio la había sembrado en Etiopia; una mujer esclava la había enseñado á los Iberianos, y unos mercaderes de Osroeme á la Persia. Trídotes, rey de Armenia, profesó el Cristianismo antes que los emperadores romanos.

Por lo demás, Constantino intervino demasiado en las contiendas religiosas á que le arrastraron varias mujeres de su familia, y las importunidades de los obispos de ambos partidos. Despues de haber desterrado á Arrio le volvió á llamar y desterró á Atanasio, que fue sucesor de Alejandro en la sede de Alejandria. Arrio espiró súbitamente en Constantinopla vomitando las entrañas, en el momento que Eusebio de Nicomedia se esforzaba en conducirlo triunfante (24). El anciano obispo Alejandro había pedido á Dios su propia muerte ó la del herejiarca, segun fuese mas útil á la manifestacion de la verdad (25).

Constantino derrotó sucesivamente á los Sármatas y á los Godos, y recibió diputaciones de los Blemmios, de los Indios, de los Etiopios y de los Persas. Declárase auxiliar de los Sármatas en una guerra que aquellos tuvieron que sostener contra los Godos, y despues contrajo nueva alianza con los últimos que se obligaron á suministrarle cuarenta mil soldados llamados *federati*, aliados (26). Los Sármatas habían armado á sus esclavos, y habiendo sido expulsados por estos mismos esclavos pidieron y obtuvieron tierras en el imperio (27).

Sapor II, sentado á la sazón en el trono de Persia, tenía un nombre fatal á los emperadores romanos. Su padre Hormisdas II, dejó al morir preñada á su esposa: los magos declararon que daría á luz un hijo; pusieron tierra sobre el vientre de la reina, y el monarca en embrion, Sapor, fue coronado en las entrañas de su madre (28). Constantino escribió á este príncipe una carta en favor de los cristianos, recordándole la catástrofe de Valeriano, castigado por haberlos perseguido. Sapor debió acordarse de esta carta cuando Juliano marchó contra sus huestes: el monarca de los Persas tenía un hermano mayor desterrado, llamado Hormisdas, á quien encontraremos en Roma.

Constantino, feliz en clase de monarca, no se libró de la desgracia como hombre. Las calamidades que afligieron á la familia del primer agosto pagano, parecieron reproducirse en la familia del primer agosto cristiano.

De Minervina su primera mujer tuvo Constantino

á Crispo, príncipe en quien brillaban el valor y la belleza, educado por Lactancio. Ya fuera que el hijo de Minervina inspirase una pasión á Fausta, su madrastra, ó que esta tuviese envidia por sus propios hijos de las grandes cualidades de Crispo, le acusó delante de su marido (29), y renovó la trágica aventura de Fedra. Constantino mandó quitar la vida á su hijo, como tambien al joven Licinio su sobrino, de edad de once años: cortaron la cabeza á Crispo en Polo de Istria (30). Enterado luego por su madre Helena de la inocencia de Crispo, y de las costumbres depravadas de Fausta, ordenó Constantino la muerte de esta mujer, que fue ahogada en un baño de agua caliente (31). Los cristianos y los gentiles formaron juicios encontrados sobre estas acciones: San Crisóstomo deduce de ellas que no debemos desear el poder, ni apetecer mas felicidad que la de la virtud y del cielo (32): el filósofo Sopatro, consultado por Constantino segun Zosimo, declaró que la religion de los griegos no tenía expiaciones para semejantes crímenes (33); y sin embargo, la idolatría había encontrado dioses indulgentes para Neron y Tiberio.

Es cierto que Constantino se arrepintió, que pasó cuarenta días llorando, que levantó á Crispo una estatua de plata con cabeza de oro, y con esta inscripción: «A mi hijo desventurado, pero inocente?» (34) La autoridad en que se apoya este hecho es sospechosa. Dios no pedía á Constantino una estatua de Crispo; exigióle el resto de su familia.

Constantino no recibió el bautismo sino algunos momentos antes de su muerte en Aqueron, cerca de Nicomedia: había manifestado deseos de bautizarse en las aguas del Jordan como Cristo; pero le faltó el tiempo. Despojado del ropaje de púrpura para dejar los reinos de la tierra, y revestido del ropaje blanco para solicitar las grandezas del cielo, el primer emperador cristiano espiró en medio del día de pascua de Pentecostés. Trescientos treinta y siete años habían transcurrido desde que la religion cristiana había nacido entre pastores en un pesebre: Constantino la dejaba encumbrada sobre el solio del mundo de que no necesitaba.

Constantino había tenido tres hermanos de padre por parte de Teodora, nuera de Maximiano-Hércules, á saber: Dalmacio, Julio-Constantino y Anibalano.

Dalmacio murió, y dejó un hijo que llevaba su mismo nombre, elevado á César, y otro hijo, Claudio Anibalano, nombrado rey del Ponto y de la Armenia.

Julio-Constantino tuvo de Gala, y de Basilina, su segunda mujer, á Juliano. Ignórase la posteridad de Anibalano, ó mejor dicho, no se sabe cosa alguna con exactitud.

Los hermanos, sobrinos y principales oficiales de Constantino, fueron asesinados despues de su muerte á excepcion de los dos hijos de Julio-Constantino.

No se han explicado claramente las causas de esta conspiracion espontánea del ejército y del palacio, que por nada había sido presagiada; y es con justa razon sospechosa la autenticidad del escrito póstumo de Constantino, en el cual declaraba á sus tres hijos que le habían envenenado sus dos hermanos. Inmoló Constantino al furor de su ambicion á sus dos tíos, á siete de sus primos, al patricio Optato y al prefecto Ablario? Pero aun le quedaban á Constantino otros hermanos, que no estaban entonces en su poder. Juliano, San Atanasio, San Gerónimo, Zosimo, Sócrates, cuyas opiniones son tan encontradas se reúnen sin embargo para infamar su memoria (35). Es probable que tales asesinatos fueron el fruto de diferentes pasiones combinadas con la política del déspota, que enseña á buscar el reposo en el crimen. El paganismo, la herejía, y la turbulencia militar, hallaron satisfacciones y venganzas en aquel exterminio de la familia imperial.

* COSTANCIO, emp. JULIO I, LIBERIO, papas, de 561, —561.

El imperio quedó dividido entre los tres hijos de Constantino: Constantino, Constancio y Constante. Constantino y Constante empuñaron las armas el uno contra el otro: Constantino sucumbió cerca de Aquilea en la primera campaña (36): Constante, dueño único del Occidente fue atacado por los Francos; y Libanio nos ha dejado acerca de esta guerra varios portamentos sobre las costumbres y el carácter de nuestros antepasados (37).

Magnencio, bárbaro de origen, y gefe de los Jovianos y de los Herculanos, saludado Augusto por sus amigos, obligó á Constante á emprender la fuga, y le mandó asesinar al pié de los Pirineos. Este príncipe no halló sino un solo hombre que quisiese asociarse á su mala fortuna, el cual era un franco llamado Laniogaise (38), mas fiel al infortunio de los reyes que á su autoridad.

El único hijo de Constantino que quedó entonces, llamado Constancio, despues de haber combatido fúramente contra los Persas, despojado á Vetranion, usurpador de la púrpura en Iliria, y rehusado tratar con Magnencio, venció á este en Murza (39), y le redujo luego al extremo de quitarse la vida.

Habiase cometido una falta antes de obtener este triunfo, la cual manifiesta el grado de debilidad y de miseria en que había caído ya el imperio: detenido Constancio en Oriente por asuntos graves, cuando supo la rebelion de las Galias invitó á los Alemanes á pasar el Rhin para que contuviesen la fuerza de Magnencio. Obedecieron los Alemanes, y ocuparon su terreno de treinta leguas á lo largo del Rhin, desde el nacimiento del rio hasta su embocadura, sin contar las tierras que asolaban con sus rapiñas.

Los panegiristas afirman que Constancio heredero de todos los Estados de su padre, usó bien de su victoria; y los historiadores aseguran que no supo conllevar su fortuna. Durante estas discordias, vióse á los capitanes y cuerpos francos servir á diferentes partidos, algunos obispos ir de un campamento á otro en calidad de embajadores, y en la batalla de Murza el emperador se retiró á un templo á orar; mejor hubiera hecho en combatir, que no era aquel ya el mundo antiguo.

Fíjase en el reinado de Constancio el dominio de los ennuocos, abismados hasta entonces bajo el peso de los edictos. Aquellos hombres (excepto tres ó cuatro que estaban dotados de ingenio militar), blanco del menosprecio público; se refugiaron en las sentinas de palacio; demasiado envilecidos para encubrirse á los negocios públicos, sumergieron en las intrigas de la corte, y se indemnizaron por la virilidad de sus vicios de la impotencia de sus virtudes. Eusebio, eunuco, camarero y favorito de Constancio, en su triple estado de baja, mandó pronunciar la sentencia de muerte contra Galo.

Galo, y Juliano, sobrinos de Constantino y primos de Constancio, rayaban el primero en los doce años, y el segundo en los seis, cuando se verificó el asesinato de la familia imperial. Marco, obispo de Aretusa, había salvado á Juliano, ocultándolo en el santuario de una iglesia (40): á Galo dejáronle por enfermo y próximo á morir, pues no parecía merecer la pena de que le quitasen la vida.

La infancia de estos dos príncipes estuvo rodeada constantemente de sospechas y peligros. Permanecieron seis años encerrados en la fortaleza de Marcellum, antiguo palacio de los reyes de Capadocia. Galo, honrado á los veinte y cinco años con el título de César por Constancio, se casó con la princesa Constantina, hija de Constantino el Grande y viuda de Anibalano, rey del Ponto y de la Armenia. Estableció su residencia en Antioquia, y desde este punto gobernó lo que entonces llamaban las cinco diócesis de la prefectura oriental.

Galo, al pasar de la soledad al poder, llevó consigo

la inquietud y el espíritu salvaje de la primera, unido á la apacibilidad y moderación necesarias al ejercicio del segundo, convirtiéndose en un tirano bajo y cruel, entregado á los espías y ejercitando por sí mismo el espionaje. Iba disfrazado á los sitios públicos, y su disfraz no estorbaba que le reconociesen, porque, Antioquia estaba iluminada de noche con tanta cantidad de luces que se veían los objetos como en el lleno del día (41), circunstancia que nos recuerda la policía de las ciudades modernas. La sed de sangre y de rapiñas atormentaban aun más á Constantina, esposa de Galo, á la que acusaban de tomar en secreto el título de *Augusta* (42), con la intención de dar públicamente el de Augusto á su marido.

Llamado á la corte de Milan despues del asesinato de los dos ministros que le habia enviado el emperador, cometió Galo la imprudencia de obedecer (43). La carta de llamamiento estaba llena de protestas de amistad y de ofertas. Prendieronle en Peltau y le condujeron á Flona de Istoya y habiéndole despojado del calzado de los Césares, procedió al interrogatorio el ennuco Eusebio, y le condenaron á muerte: fue ejecutado cerca de Pola donde veinte y ocho años antes habia sido decapitado Crispo (44). ¡Cuántas cabezas, terror de los pueblos, fueron segadas por el verdugo! (45)

Los Isauros y los Sarracenos asolaban el Asia (46); los Francos y los demás germanos continuaban sus correrías transrinianas, y Roma se sublevaba por el vino en medio de sus desórdenes y sus espectáculos (47). Como Constantino y Constancio eran apasionados en extremo á los Bárbaros, y los habian encumbrado á casi todos los cargos del Estado, sucedió que Silvano, hijo de Bonito, jefe franco, mandaba la infantería romana en las Galias: era un hombre apacible y de suaves costumbres, aunque hijo de un padre bárbaro, y sabia también sufrir, segun dice la historia al hablar de sus cualidades. Acusaronle de haber aspirado á la púrpura, cuando permanecía fiel; la calumnia le convirtió en traidor, y se apoderó del imperio como para escudarse. Veinte y ocho dias despues de su usurpación, obligado á buscar asilo más seguro, no tuvo tiempo para entrar en él, y le privaron de la existencia sus compañeros cuando intentaba refugiarse en una iglesia (48).

Entonces los Francos, los Alemanes y los Sajones, se precipitaron de nuevo sobre las Galias, saquearon cuarenta ciudades en la orilla del Rhin; y habiéndose apoderado de Colonia, la arruinaron (49). Los Cuados y los Sármatas asolaban la Pannonia y la Alta Mœsia (50), y los generales de Sapor perturbaban la Mesopotamia y la Armenia: tal fue la época de elevación de Juliano.

Hasta la edad de quince años recibió Juliano la primera educación de Eusebio, obispo de Nicomedia, que manejaba en la corte la intriga arriana y del ennuco Mardonio, personaje grave, escita de nacion y grande admirador de Hesiodo y de Homero. El futuro apóstata se vió reunido despues con Galo en la fortaleza de Marcellum; aprendió desde muy temprano á reprimirse, y pareció aficionarse á las verdades de la fe. Cuando Galo fue nombrado César, Juliano obtuvo el permiso de seguir sus estudios en Constantinopla, bajo la vigilancia de Herebolo, cristiano primero é infiel despues con su discípulo, y vuelto por último al Cristianismo despues de la muerte de Colonia (51). Este príncipe visitó las escuelas de la Jonia: Constancio mismo favorecia los estudios de su primo, con la esperanza de que los libros le harian olvidar el imperio; mas la superioridad del estudiante, aun en la literatura, no tardó en alarmarle.

Despues de la muerte de Galo, Juliano fue conducido á Milan, estrechamente custodiado durante siete meses, y desterrado por fin á Atenas. Allí encontró juntamente con San Basilio y San Gregorio de Niazan-

zo, una multitud de retóricos que acabaron de atraerle á sus doctrinas, y tomó todo el porte de un filósofo. Siendo universal su instrucción, igualaba su memoria á su inteligencia; pensaba y escribia en griego, mas también se servia del latin (52). Habiendo asolado las Galias los Francos y los Alemanes, la emperatriz Eusebia decidió á Constancio á crear César á Juliano para oponerle á los Bárbaros. El discípulo de Platon recibió la carta que le llamaba al mando supremo como una sentencia de muerte; alzó las manos hacia aquel templo cuyas ruinas admirables parecen haberse conservado únicamente para atestiguar la belleza de la antigua libertad griega, á la libertad que renace. Juliano subió á la ciudadela, abrazó las columnas del Partenon, las regó con sus lágrimas, é imploró la protección de la diosa. Alejóse en seguida de la inmortal ciudad, donde algunos declamadores y sofistas hollaban las cenizas de Demóstenes y de Sócrates, pero donde todavía reinaba Minerva por medio del genio de Fídias y de Piricles.

Llegado á Milan escribió estas palabras á la emperatriz: «¡Ojala tengas hijos! Concédete Dios esa felicidad y otras prosperidades; pero en nombre del cielo «te conjuro, déjame regresar á mis hogares.» (53). Así llamaba Juliano á la Grecia. Escrito el billete no se atrevió á enviarlo, detenido segun dijo por las amenazas de los dioses; porque el apóstata tomó la voz de la ambición por una orden del cielo.

Los oficiales de palacio se apoderaron del estudiante de Atenas, le despojaron del manto y de la barba de filósofo, y los vistieron el traje militar. El mismo nos ha pintado su torpeza en el nuevo atavío, su embarazo en la corte y las burlas de los ennuocos (54). La última parte de la educación de Juliano habia sido popular, asistia al curso de los retóricos en Constantinopla como los demás, y mezclándose en las costumbres públicas adquirió conocimientos que faltan generalmente á la instrucción de los príncipes.

El sexto día de noviembre del año de Jesucristo 335, habiendo reunido Constancio en Milan las legiones proclamó César á Juliano. El huérfano, cubierto con la púrpura y en medio de los asesinos de su familia, repetia en voz baja un verso de Homero: «Arrebatáronle la muerte *oculta bajo la púrpura* y su invencible destino.»

Despues de haberse casado con Helena, hermana del emperador, marchó Juliano á su gobierno de las Galias, al que se habia añadido la Gran Bretaña y quizás la España (55). Eusebia le dió criados, que habian de ser sus consejeros: Constancio le dió criados, para ser sus dueños (56). Sujeto á una celosa tutela, no podia tomar por sí una resolución interior, una orden, ni mudar un criado: todo estaba arreglado en el interior de su palacio al tenor de las órdenes de Constancio, hasta los manjares de la mesa: no llegaba á sus manos una sola carta sin haber sido leida antes, y se le privaba de la compañía de sus amigos por el temor de comprometerlos y expenarse á su propia ruina. Apenas habian puesto á su disposición algunos soldados (57). Su único consuelo al entrar en el país saqueado y confiado á su inexperiencia, fue encontrar una mujer anciana y ciega que le saludó con el nombre de restaurador de los templos (58).

Durante los cinco años que gobernó Juliano las Galias corrió de una ciudad á otra, de Cutun á Cuxerre de Cuxerre á Troyes, de Troyes á Colonia, de Colonia á Tréveris, de Tréveris á Lion: estuvo sitiado en la ciudad de Sens, pasó el Rhin cinco veces, ganó la batalla de Estrasburgo á los Clemanes, hizo prisionero á Chrodmairo, el más poderoso de sus reyes, estableció las ciudades, castigó á los exatores, disminuyó los impuestos, y finalmente (lo que más nos interesa por los vínculos de la sangre), sometió á los Camaros y á los Franco-sálicos: aquí comenzamos á vivir con los Francos en medio de la futura Francia. Juliano li-

bia escrito sus guerras de las Galias: su obra, que colocaban al lado de los *Comentarios de César*, se ha perdido desgraciadamente; hubiera arrojado una luz muy viva sobre la oscura historia de nuestros abuelos en el cuarto siglo.

Juliano pasó por lo menos en Lutecia los dos inviernos de 358 y de 359. Amaba aquella especie de villa á la que daba el nombre de querida Lutecia (59) y donde habia reunido, en cuanto se lo permitian sus empresas militares, á varios sabios y filósofos. Oribases el médico, de quien nos quedan algunos escritos, redactó allí su *Compendio* de Galeno: esta es la primera obra publicada en una ciudad que habia de enriquecer la literatura con tantas obras clásicas.

Complacémonos en buscar el origen de las grandes ciudades, como en remontarnos á la fuente de los ríos caudalosos: no dejará de causar placer el leer el propio texto de Juliano.

«Hallábame durante un invierno en mi querida Lutecia (60) (que así se llama en las Galias la ciudad de los Parisios), la cual ocupa una isla en medio de un río, uniéndose á sus orillas por medio de puentes de madera. Rara vez crece ó mengua el río; tal como se vé en el estío permanece en el invierno, y se bebe con gusto el agua purísima y de risueño aspecto (61). Como las Parisios viven en una isla, seriales difícil procurarse otra agua. La temperatura en invierno es poco rigurosa, á causa, segun dicen las gentes del país, del calor del Océano, que no distando más de noventaientos estadios, envia á Lutecia un aire tibio: el agua del mar es en efecto menos fría que el agua dulce. Por esta razon, ó por otras que ignoro, sucede así (62). El invierno es pues muy suave para los habitantes de aquella tierra: produce el suelo hermosas viñas: los Parisios poseen también el arte de conservar las higueras (63), envolviéndolas con paja de trigo como en un vestido, y empleando los demás medios que se usan para poner los árboles al abrigo de la intemperie de las estaciones.

«Sucedió que el invierno que pasé en Lutecia desahogó una violencia des acostumbrada: el río acarrea pedazos de hielo que parecian losas de mármol. ¿Habeis visto las piedras de Frigia? pues como aquellas eran por su blancura los pedazos de hielo, toscos voluminosos empujándose los unos á los otros, hasta que aglomerándose formaban un puente (64). Mas duro conmigo mismo, y más rústico que nunca no quise consentir que calentasen, con hornillos segun la costumbre del país, el aposento en que dormia.» (65).

Refiere Juliano que por fin permitió que encendiesen en su cámara carbon, cuyo vapor estuvo á punto de asfixiarle.

Habia en Lutecia termas, construidas por el modelo de las de Diocleciano en Roma; créese que Juliano y Valentiniano I habitaron en ellas, y Ammiano habla de ello con suma frecuencia. Es probable que dichas termas se hubiesen edificado antes de la llegada de Juliano á las Galias, quizás en tiempo de Constantino ó de Constancio Cloro. Otros han imaginado, muy inoportunamente, que Juliano ocupaba en las islas un palacio levantado en el terreno donde se construyó posteriormente el alcázar de los reyes de Francia. Véanse asimismo en Lutecia un Campo de Marte y anfiteatros que debian hallarse hacia el lado de la puerta de San Victor como resulta de algunos títulos del siglo xiii (66). La flota encargada de guardar el Sena estaba estacionada cerca de Paris, y verosímilmente tenia por fondeadero el espacio que cubre en el día la nave gótica de Nuestra Señora (67).

Mientras que Juliano habitaba la reducida y naciante Lutecia, Constancio visitaba la grande y moribunda Roma, que este emperador de los Romanos no habia visto nunca.

Existiria sin duda en Roma algun anciano á quien en su infancia habria contado su abuelo la entrada de un sa-

cerdote de Siria, Eliogábalo, saltando con la púrpura en medio de ennuocos y de bailarinas, delante de una piedra triangular consagrada al Sol. Ahora venia con pompa triunfal por una victoria conseguida sobre los Romanos (68), una especie de ídolo cristiano, Constancio, rodeado á semejanza de aquel, de ennuocos, pero inmóvil sobre un carro brillante con las piedras preciosas, con los ojos fijos, sin moverse ni para escupir, ni para sonarse, ni para enjugarse la frente, y solo encogiendo algunas veces su corta estatura para pasar por debajo de elevadas puertas (69). En torno suyo flotaban, á la punta de largas picas doradas, estandartes de púrpura, cortados en figura de dragones, cuyas afiladas colas silbaban á impulso del viento. Cercábanlo guardias soberbiamente armados, y caballeros cubiertos de hierro que parecian, no hombres, sino estatuas bruñidas por la mano de Praxiteles (70). Cerca ya de Roma encontró Constancio á los patricios y al Senado, que no tomó como Cineas por una asamblea de reyes, sino por el consistorio del mundo (71); creyó al ver las oleadas de la multitud que todo el género humano habia acudido á Roma (72).

Cuando hubo penetrado en los Rostros, quedóse estupefacto al recordar el antiguo poder del Torum (73). Desde allí el monarca oriental fue á aparearse el antiguo palacio de Octavio, que no tenia ni mármoles ni columnas, y en el que el fundador del imperio, el amigo de Horacio, habitó cuarenta años el mismo aposento en invierno y en verano (74).

Ammiano-Marcelino, de quien he copiado los anteriores detalles, nos describe en seguida dos cosas dignas de atención: una parte de los edificios de Roma cual existian en su tiempo, y la admiración que en Constancio despertó su vista. ¡Cuántos acontecimientos habian sobrevenido, y cuántos dias pasado para que el señor del imperio romano fuese un extranjero en la capital de aquel imperio! ¡Para que permaneciese mudo de admiración en medio de las obras de tantos ingenios, de tantas fortunas, de tantos siglos, de tanta libertad y esclavitud, cual si fuese un viajero que encontrase ahora á Roma enteramente en un desierto! Mas estos monumentos de las costumbres vivas de un pueblo carecen de existencia, y sus insensibles masas no pudieron á su vez maravillarse de la pequeñez de Constancio, á la manera que este se aturdira de su grandeza.

Hay cierto trabajo de tiempo que da á las cosas humanas el principio de existencia que no tienen: los hombres espiran y nada son en sí mismos; pero sus vidas colocadas de cabo á cabo, y sus sepulcros ordenados en fila, forman una cadena cuya fuerza se aumenta en razon de su longitud, y de estas nada reunidas se compone la inmortalidad de los imperios. El nombre de Roma era el único poder que faltaba vencer á los Bárbaros; y Roma aunque habitada por una muchedumbre numerosa, no estaba defendida ya en realidad sino por los recuerdos de algunos muertos antiguos. Constancio visitó cuidadosamente aquella ciudad apoderándose de la autoridad que consentian aun dejarse trasmitir á su púrpura. Arengó al Senado y al pueblo: ¿qué hubiera respondido Mario si hubiese sacado la cabeza de la tumba?

Al recorrer las siete colinas cubiertas de monumentos en sus faldas y cumbres, el emperador se figuraba á cada paso que el objeto que acababa de admirar era inferior al que veia (75): el templo de Júpiter Tarpeyo, los baños semejantes á ciudades de provincia, la masa del anfiteatro edificado con piedras tiburtinas y cuya altura era tanta que los ojos se fatigaban para medirla; la bóveda del panteon suspendida como el cielo; las columnas coronadas como las estatuas de los emperadores á las que se subia por gradas; la plaza y el templo de la Paz, el teatro de Pompeyo, el Odeon y el Estadio, adornos magníficos de la ciudad eterna (76). Pero en el foro de